

- Ruiz, P. (2008) Conferencia dentro del acto “La Safor a l’Arxiu de Salamanca. Documents recuperats”, Gandía, 11/11/2008.
- Viciano, P. (2002) “El segrest de la història”. *L’Espill*, 13, 184-186.
- Vilar, P. (1987) *Sobre 1936 y otros escritos*. Madrid: VOSA.



7. Su memoria, su dignidad, su lucha: la nuestra

La memoria revolucionaria y el “maldito asunto” del POUM

Pepe Gutiérrez-Álvarez

No resulta fácil explicar la “memoria” de la revolución española sin entrar en su instrumentalización en una “guerra cultural” que ha persistido hasta el presente. Como diría Nin, fue una revolución muy profunda pero por abajo, ya que por arriba careció de alternativa, incluso en las armas. Desde febrero ya hubo una parte del ejército dispuesta a rectificar el resultado electoral. Sin embargo, el gobierno del Frente Popular se negó a tomar medidas contra una trama golpista que era “un secreto a voces”. Luego, en julio del 36, donde la militancia confió en los gobernadores republicanos, los golpistas ganaron la mano. Solamente donde no confió, el pueblo trabajador se impuso, y por supuesto, tenía en mente su propia República, una República que desde 1933 había dejado de ser liberal-reformista para ser social y revolucionaria. La “cohabitación” revolución-gobierno en la que se instalaron cenetistas y caballeristas, concluyó con las jornadas de mayo del 37 en Barcelona, y el consiguiente cierre *manu militari* de las comunas de Aragón.

Entierro y desmemoria de la revolución

Internacionalmente, tanto la socialdemocracia como el estalinismo y la izquierda liberal, ya entonces, propagaron que lo de la revolución no era más que una patraña reaccionaria. En las décadas siguientes, tal negación se encajó situando la guerra española como un prólogo de la Segunda Guerra Mundial. La revolución quedaba muy atrás, y ahora convenía llegar a un acuerdo con las potencias vencedoras. Las mismas que antes se cruzaron de brazos ante la intervención nazi-fascista, y las mismas que se negaron a tocar a Franco porque, ante todo, temían que a su caída, una nueva República acabara cayendo en manos comunistas.

Ni que decir tiene, la memoria revolucionaria fue sepultada bajo los mismos escombros de la derrota republicana. Pero el franquismo utilizó su historial como

un espantajo. No hay más que ver las películas de “exaltación patria” de aquella época. Luego la propaganda de siempre se ajustó al discurso anticomunista de la “guerra fría”. Un buen exponente de ello fue cuando Manuel Fraga Iribarne propició la edición fraudulenta de la obra de Burnett Bolloten, *El gran camuflaje*. Lo hace con el título de *La gran traición*, originalmente destinada a demostrar con datos empíricos la existencia de una revolución. Datos que ya formaban parte de una nueva hornada historiografía de la que serían exponente la trilogía de José Peirats, *La CNT y la revolución española*, la obra de Pierre Broué (y Emile Témime), sin olvidar *El laberinto español*, de Gerald Brennan, *La crisis española del siglo XX*, de Carlos María Rama, amén de diversas reediciones. /19

El viejo topo sigue su labor, reaparece el debate

En este proceso toman parte actores nuevos como la editorial Ruedo Ibérico, y la organización Frente de Liberación Popular (FLP), amén de una nueva generación obrera y estudiantil que encontrará su paradigma en el Mayo francés con toda su carga de puesta al día del pensamiento marxista y libertario. Desde entonces, el hecho revolucionario se convirtió en incuestionable aunque solamente fuese para subestimar o maldecirlo. No ha sido otra cosa lo que ha sucedido cuando se impuso el canon histórico de la Transición, basada en la “superación” del trauma bélico y que sitúa la democracia liberal como un paradigma insuperable. Esta presunción tiene como soporte la imposición del actual lugar (subalterno) del movimiento obrero, a la realidad de entonces, de tal manera que la República por abajo se subordina a la República de Azaña y Negrín, en tanto que la agitación social queda como una perturbación. Detalles como las condiciones de trabajo y de vida de la inmensa mayoría de la población, tienen mucho menos relevancia.

La nueva derecha, que busca un hueco en el occidente liberal una vez constatado el desprestigio del mito de la “Cruzada de Franco”, adoptará una nueva narración a la medida de la “España nacional”, y lo hará como Dios manda a través de la FAES. Este discurso retoma el miedo a la revolución de la misma manera que –según Ernest Nolte–, legitima el franquismo como una reacción conservadora contra el peligro bolchevique. Pío Moa y cía, se permitirán manejar a su conveniencia las diatribas de anarquistas y poumistas contra Negrín, con lo que la ceremonia de la confusión resulta todavía más perversa si cabe.

Desde la óptica oficialista republicana, fenómenos como el del POUM causan estupor, y hay decenas de artículos de Casanovas, Elorza, Thomas, etc., que lo expresan muy bien. Cuando se trata de buscar “culpables”, a veces lo encuentran en Orwell, que lo es solamente en parte. Se habla de cierto hispanismo británico, pero la verdad es que abundan más los antirrevolucionarios, baste mencionar nombres como Eric J. Hobsbawm, Paul Preston o Helen Graham. Viñas habla de la “guerra fría”, pero, justamente, será en sus postrimerías cuando más se ha intensificado la revalorización del POUM. Ha sido precisamente este distanciamiento

19/ Ver: Gutiérrez, J. “Mayo 1937. Algunas notas bibliográficas”. *VIENTO SUR*, 207, 123.

—con el consiguiente fin y descrédito total del estalinismo—, lo que ha permitido superar afirmaciones como la de Herbert J. Southworth para el que todo ese maldito asunto de la revolución española quedaría explicado así: “...*el libro de Bolloten (...) fue la obra maestra de la labor encubierta de Gorkin para la CIA*”. /20

En la segunda mitad de los años noventa tiene lugar la recuperación de la obra española de Orwell, el éxito de *Tierra y Libertad (Land and Freedom, 1995)* de Ken Loach, plenamente coincidente con la emergencia de la “memoria histórica”. Luego vendrán toda clase de documentales, amén de una considerable expansión bibliográfica, que viene acompañada con un extensivo activismo reivindicativo que se ha expresado tanto en el ámbito académico como en todo de actividades “militantes”.

Las cosas en su sitio, el significado del POUM

A mi entender, las razones de esta paradoja —que un pequeño partido “trotskista” adquiera tal resonancia—, hay que buscarlas en otra parte. Primero: si bien el POUM fue el partido pequeño al lado del PSOE, la CNT o incluso el PCE de la guerra, era lo suficientemente importante para hacerse ver. Contaba con sólidos vasos comunicantes con la izquierda socialista y compartía una “comunidad obrera” con la CNT. Dos detalles ilustran su importancia y potencial de futuro. El Bloc Obrer i Camperol, que más tarde se transformaría en Cataluña en el POUM, llegó a ser mayoritario en la CNT de Lleída, Girona, Tarragona y Castellón. Largo Caballero y Santiago Carrillo, propusieron que los componentes de lo que luego fue el POUM se constituyeran en el PSOE en Cataluña con su propio programa y sus propios cuadros, ofrecimiento que equivocadamente rechazaron Nin y Maurín. Raymond Carr establece dicha importancia en la capacidad —indudable— de sus líderes, Maurín y Nin, de hecho nuestros únicos “clásicos”. Habría que añadir que la mayor parte de los cuadros dirigentes del primer comunismo español (Juan Andrade, Daniel Rebull, Luis Portela, Julián Gorkin, Pere Bonet, Eusebio Cortezón, etc.), sobre todo los provenientes de la CNT, formaron parte del POUM. En 1936, el POUM era un partido en ciernes, formado por cuadros militantes muy formados para la época. El viaje de Maurín a Galicia era un signo de ello. Era fuerte en Llerena y en otros pueblos cercanos en Extremadura, emergía en Andalucía, incluso en Portugal, pero el avance de las columnas de la muerte arrasó sus bases, como las de los demás. La del POUM es una memoria herida por varios costados.

Doblemente perdedores, doblemente olvidados

Al final, el POUM no solamente había perdido la guerra, también perdió una revolución que sus militantes defendieron contra viento y marea. Su odisea se prolonga durante la Resistencia antinazi en Francia, en la que además, tienen

20/ “El gran camuflaje: Julián Gorkin, Burnett Bolloten y la Guerra Civil Española”, texto incluido en la edición de P. Preston (1999) *La República asediada*. Barcelona: Ed. Península, pág. 483. Tal como demuestra Alfredo Grimaldos en *La CIA en España*. Madrid: Debate, 2006, donde sí realmente intervino la CIA fue en la Transición, y no precisamente a través de viejos republicanos (que los hubo, y no pocos).

que resguardarse del odio fanático de la maquinaria estalinista que va a por ellos. La ponzoña persistirá bajo el franquismo, y se utiliza la liberación de Maurín como una prueba. Como Louise Michel, sobrevivió de entre los fusilados por una suma de circunstancias excepcionales. /21 Esta parte de su historia es un relato poco conocido, hay pocos trabajos. Es una historia similar a la de la CNT, en pequeño, claro. La represión es muy dura, las diferencias entre los que siguen apostando por el POUM (Andrade, Solano, Bonet), y los que creen que ya no existe espacio posible (Rovira, Pallach), se desarrolla como un debate abierto de tendencias legítimas, pero sus consecuencias serán nefastas. No será hasta la segunda mitad de los años sesenta que aparece la posibilidad de un relevo generacional, pero todo ha cambiado demasiado. El relato del POUM marcará diversas formaciones desde la izquierda del FLP, pero la historia pasa por otra parte. Queda sin embargo, la batalla de la memoria.

En este terreno, la aportación testimonial poumista será especialmente activa, desarrolla un auténtico “combate por la historia” en el que resulta primordial distinguir entre los poumistas que se mantuvieron firmes en sus criterios antiestalinistas, y aquellos en los que se da una turbia amalgama con el anticomunismo, una dinámica que comprende por igual a socialistas, anarquistas, disidentes estalinianos, caídos en desgracia en diversos momentos como Jesús Hernández o Valentín González “El Campesino”, que pretendían ante todo exculparse personalmente, y por supuesto, a una socialdemocracia de derecha compuesta por antiguos poumistas que combinan la ira de la guerra con la fobia al estalinismo. Media un abismo entre los testimonios marxistas revolucionarios de Andrade, Solano, Mika Etchebéhère, etc. y las de Gorkin, Víctor Alba o Ignacio Iglesias. Diferencias que son extensibles igualmente al tratamiento dado a Trotsky y a la tradición bolchevique. Paradójicamente, una de las defensas mejor argumentadas de la opción poumista provendrá del Fernando Claudín autor de *La crisis del movimiento comunista internacional*, en concreto en el capítulo, “La revolución inoportuna”.

Otros como Víctor Alba, dirán que la importancia que adquirió el debate sobre el POUM no habría sido la misma sin el “caso Andreu Nin”. En primer lugar, no fue solamente Nin, también habría que hablar entre otros, del “caso” del comunista austriaco exiliado Kurt Landau. Pero, sobre todo hay que recordar toda la historia del proceso contra el POUM. Conviene no olvidar que Stalin no actuó contra el “trotskismo” solo porque era un psicópata, su persecución tenía un objetivo político estratégico. Pierre Broué se interrogaba en un acto en la Universidad de Barcelona en febrero de 1979, sobre lo insólito que resulta que el POUM que tanto se había significado en las barricadas de julio de 1936, fuese acusado apenas un año más tarde de trabajar para Franco. Seguramente la respuesta es que, precisamente por eso, por lo que potencialmente representaba. Pagó caro su desafío al estalinismo —expresado en la denuncia de los “procesos de Moscú”, y en su opción por ofrecerle a Trotsky un visado para Catalunya—, un sacrificio que, con

21/ Sobre Maurín ver: Claverías, A. (2010) *Joaquín Maurín. Desde Huesca a Nueva York*. Serriëna.

“... la aportación testimonial poumista será especialmente activa, desarrolla un auténtico ‘combate por la historia’ en el que resulta primordial distinguir entre los poumistas que se mantuvieron firmes en sus criterios antiestalinistas, y aquellos en los que se da una turbia amalgama con el anticomunismo”

el tiempo, devendría su mayor valor. Aquel fue un momento estelar en la historia de la humanidad que tuvo su cronista en la obra de Orwell, seguramente el crítico más incisivo de la historiografía liberal-estalinista sobre España.

Nueva mirada sobre el pasado

And last but not least, hay que hablar del “trotskismo”, un concepto que para su acuñador, Stalin, significaba mucha más cosas que la fidelidad a las ideas personales de Trotsky. De hecho, esta reducción no era más que un reflejo de la medianoche en el siglo: enfrente solo quedaba un gigante, Trotsky. Pero el acervo revolucionario era mucho más amplio, y en el propio Trotsky se dan no pocas contradicciones. La española quizás sea la más grave, y tiene más que ver con el debate sobre la pertinencia o no de fundar la IV Internacional, que por sí mismo. En contra de cualquier debilidad con el Buró de Londres,

Trotsky caracterizó al POUM como un “partido centrista”, y lanzó contra él toda su artillería olvidando que más allá de cuatro conceptos generales, desconocía que en España no había nada parecido a los bolcheviques, y lo que trató de crear Munis recién regresado de México, fue un mero remedo sin el menor anclaje.

En los años ochenta, el torrente argumental de Trotsky empezó a ser contemplado desde otras perspectivas. Era un cambio que ya estaba presente en los trabajos de Pierre Broué, así como en algún pasaje de Daniel Bensaïd. Las lecturas de estudios como los citados, evidenciaba que la revolución española tuvo cuesta arriba lo que la rusa tuvo cuesta abajo: aquí la iniciativa la tuvo el militar-fascismo, y el estalinismo aparecía como un espejismo. El POUM no podía saltar por encima de sus propios límites. Estaba objetivamente condenado a ser arrollado por la fuerza de los acontecimientos como lo había sido –en mucho mayor grado– el propio trotskismo en Alemania y Francia, y como lo sería todavía más durante la II Guerra Mundial, y después. No había programa-talismán capaz por sí mismo de saltar por encima del signo abrumadoramente reaccionario de los tiempos.

Para muchos de nosotros y nosotras, que iniciamos nuestra militancia a mediados de los sesenta y principios de los setenta, el POUM cobró vida a través de Juan Andrade, María Teresa García, “Quique” Rodríguez, Wile, Mika, de Cabo y tantos otros camaradas de cuya categoría revolucionaria teníamos mucho que aprender. La reconsideración de los textos sobre la revolución y guerra española y ese conocimiento directo con algunos de sus protagonistas, nos permitió diseñar un nuevo relato sobre los derrotados de los derrotados. Será desde esta

nueva (re)lectura que se hablará y se escribirá de otra manera, y se crearán las condiciones para el surgimiento de una entidad como la Fundación Andreu Nin que, a pesar de sus limitaciones, ha ido haciendo un trabajo por establecer unos mimbres que los múltiples destrozos de las derrotas habían destruido.

José Gutiérrez es cofundador y vicepresidente de la Fundació Andreu Nin, y autor de varias obras sobre el POUM, como *Una rama de rosas rojas y una foto. Variaciones sobre el proceso del POUM*. Barcelona: Laertes, 2009.



8. Su memoria, su dignidad, su lucha: la nuestra

Universidad, memoria e impunidad. Una breve etnografía complutense

Ariel Jerez

En la Universidad, los sectores progresistas no hemos realizado el incómodo esfuerzo de valorar los silencios y omisiones de nuestra institución en relación al pasado, ni en qué medida el pensamiento crítico habría podido contribuir a reelaborar nuestra traumática experiencia compartida. Se puede decir que la Universidad, en términos comparados, ha aportado poco –con honrosas excepciones individuales– y, más bien al contrario y en buena medida, ha sido cómplice activa en esta estrategia de silenciamiento. Y es pertinente señalar que, dependiendo de sus articulaciones socio-institucionales y políticas, la Universidad puede ser un agente con muy distinta capacidad de incidencia y difusión en las cuatro arenas culturales sobre las que discurre la sociedad de la información: sistemas educativos, industrias culturales, medios de comunicación y políticas culturales.

En una sociedad tan mediatizada, tendemos a olvidar que este viejo espacio de producción de información y conocimiento sigue siendo clave en la producción de política cultural y, por ende, de cultura política. Según sean sus mimbres críticos, contribuye de manera más o menos efectiva a transformar el pensamiento dominante y a mover sus pesadas inercias para abrir nuevos horizontes de transformación. Un motor fundamental de lo que deberían ser los *think tanks* progresistas que, de serlo, nunca podrían contar con el dinero corporativo con el que cuentan los de la derecha, que se permite la privatización de la producción de conocimiento como baza fundamental de su nueva estrategia política antideliberativa.